

Una aproximación crítica al llamado ciclo de gobiernos progresistas en América Latina.¹

CARLOS OLIVA CAMPOS ²

Resumen

El Nuevo mapa político que se generó en América Latina desde finales del siglo pasado concitó innumerables reflexiones de los estudiosos en la región. Ahora, que el llamado Ciclo Progresista vive tiempos de cierre para algunos de sus componentes, mientras que otros enfrentan complejos escenarios nacionales, es pertinente lanzar nuevas miradas sobre el tema cuando se cumplen dos décadas de su gestación, cuando tuvo lugar en Venezuela el proceso electoral que llevó a Hugo Chávez a su primera Presidencia. Con el presente artículo se pretende lanzar una mirada crítica sobre el tema basada en tres planos de análisis. El primero, para enmarcar conceptualmente el término ciclo. El segundo, para enjuiciar con objetividad tanto el prematuro final que cantan algunos autores, como sus posibilidades de reedición a futuro, en lo que puede vislumbrarse como una alternancia entre gobiernos neoliberales y contra-neoliberales. Se emplea este último apelativo, con toda intención, porque conlleva al tercer aspecto a abordar, referido a la necesidad de esclarecer los reales signos ideológicos de un proceso socio-político, a todas luces inédito en la historia regional.

Palabras clave: ciclo, neoliberalismo, gobiernos de cambio, Progresismo, Nuevos Movimientos Sociales, izquierda.

Abstract

Many scholars from the region have dedicated time to study the political changes that happened in Latin America at the end of the XX century. Now, as many experts declare the end of the so-called Progressive Cycle and the surviving progressive leaders face difficult domestic scenarios, it is an appropriate moment to analyze what has happened in the last twenty years beginning with the electoral process of 1998 in Venezuela, the first victory of Hugo Chávez, the beginning of the Cycle that confronted neoliberalism.

The main goal of the current article is to provide a critical analysis of the Cycle, considering three different levels of analysis. First, to advance a theoretical definition of the Cycle. Secondly, to analyze the current conditions of the surviving progressive governments and the

1. Este artículo fue propuesto por el autor a la revista Contextualizaciones Latinoamericanas el 2 febrero 2018 y fue aprobado el 4 de abril 2018.

2. El prof. Oliva es licenciado en Historia y Máster en Historia contemporánea por la Universidad de La Habana. Ha sido coordinador regional de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA) y Director general de la Red de Estudios por la Integración de América Latina y el Caribe (REDIALC). Actualmente trabaja en el Departamento de Historia en la Universidad de la Habana, Cuba. Correo electrónico: carlos230956@gmail.com

options for the eventual appearance of future new political cycles. Third, to clarify what have been the real ideological tendencies involved in all these political developments.

Key-words: cycle, neoliberalism, alternatives governments, Progressivism, New Social Movements, Leftists.

Introducción

El año 1998 marcó un punto de ruptura en la historia política latinoamericana. Esa ruptura se originó en Venezuela, cuando un inédito proceso electoral dio la primera victoria a Hugo Rafael Chávez Frías como Presidente del país. Lo ocurrido en Venezuela significó sólo la avanzada de una reacción popular que se regionalizaría de disímiles formas. El primer golpe para generar esa reacción lo asestó la crisis económica dejada por la llamada “década perdida” de los años 80’s. El segundo, definitivo para gestar los escenarios que vendrían, fue legado por el predominio de gobiernos neoliberales durante los años 90’s. Bajo ese dramático telón de fondo emergieron proyectos políticos que triunfaron en las urnas, defendiendo diversos programas socio-económicas para intentar revertir la crítica situación regional.

Si bien Carlos Gardel, siempre recordado, afirmó en uno de sus célebres tangos que veinte años no eran nada, estas dos últimas décadas de gobiernos de cambios –catalogado ahora por muchos como **Ciclo Progresista**– legitimó la conocida declaración de Rafael Correa sobre estar viviendo “un cambio de época”. Y a pesar de que para algunos colegas el Ciclo llegó a su fin (Serbín, 2016: 7-50), al momento de escribirse éstas líneas hay que seguir la evolución de los acontecimientos en Venezuela, Bolivia y Nicaragua, al menos.

La trascendencia estratégica del tema y su incidencia sobre los principales contenidos de las agendas regionales de estos años, motivó una amplia producción académica en la que muchos incursionamos (Oliva Campos, 2007: 111-133). Por aquellos años las conceptualizaciones manejadas eran otras, **reconfiguración socio-política regional** o **nuevo mapa político regional**. Por supuesto, hay que entender las diferencias entre ambos momentos históricos, ya que no debe ser igual el plantearse hacer un recuento de lo ocurrido, hasta el momento de escribir éstas líneas, que asumir que se está haciendo una autopsia. En sus tiempos iniciales se buscaba interpretarlo, entenderlo; mientras que a estas alturas y, sobre todo, con un evidente sentido crítico, ya las lecturas son otras. Lamentablemente, se aprecia más en los análisis la crítica a los parciales o insuficientes éxitos alcanzados, sus inconsecuencias y todo lo parecido que los estigmatice, desentendiéndose de las interpretaciones objetivas y realistas que el tema demanda. De ahí que se haya formulado el problema de investigación articulando las siguientes interrogantes: ¿Cuál es la naturaleza del Ciclo? ¿Reversible o repetible? ¿Por qué considerarlo únicamente como Progresista?

1. América Latina y el cruce de caminos de importantes ciclos históricos.

Parece difícil encontrar al revisar la historia regional un período de tiempo en el cual, en poco más de dos décadas confluyen, se interconectan, se entrecruzan ciclos históricos tan relevantes como para avalar la acertada sentencia política de Rafael Correa sobre un cambio de época. Develándolos en orden cronológico, el primero de los ciclos a mencionar sería el de los gobiernos militares que entró en franco proceso de clausura, con la derrota bélica de la Junta militar Argentina ante Gran Bretaña, en la manipulada Guerra de las Malvinas de abril a junio de 1982.

A partir de 1983 se activaron procesos de transición a la democracia, con Argentina, Brasil y Bolivia entre los primeros, hasta el vencimiento final de las resistencias planteadas por dictaduras castrenses tan férreas como el Chile de Augusto Pinochet y el Paraguay de Alfredo Stroessner. Vale recordar que, inicialmente, fueron procesos de transición en los cuales se cedió el gobierno a sectores civiles, manteniendo los militares los hilos del poder (Oliva Campos, 1994: 32-48).

Oscar Mejías y Carolina Jiménez aportaron una esclarecedora definición del proceso de democratización con la siguiente descripción: “una democracia restringida, de corte neoconservador, que despolitiza el concepto de ciudadanía, deslegitima la intervención del Estado, acota el terreno de la política, libera a la economía de las intervenciones políticas y deteriora el alcance y sentido de lo público...”. (Mejías y julio-diciembre Jiménez, de 2005:13)

En este punto del análisis valen algunas precisiones importantes. El ciclo de gobiernos militares al cual nos referimos, comenzó a inicios de los años sesenta del pasado siglo, en reacción al auge guerrillero regional bajo el influjo de la Revolución Cubana. Pero, la historia de Latinoamérica independiente está poblada de gobiernos militares. En el siglo XIX con sus características y el XX, hasta el triunfo de la Revolución Cubana, también debe particularizarse.

La segunda precisión estaría por el rumbo de no acreditar el fin definitivo de ciclos de este signo. Una inequívoca señal al respecto se dio en junio de 2009 en Honduras, con el golpe militar aplicado al entonces Presidente Constitucional Manuel Zelaya. Las razones públicas giraron en torno a la intención de Zelaya de lograr determinados cambios que consideraba constitucionales. Pero, también gravitaron sobre el desenlace de los acontecimientos las relaciones de Zelaya con el Presidente Chávez y el ALBA.

La reacción de los militares hondureños recibió un poco convincente cuestionamiento estadounidense y una generalizada crítica regional. Pero, la fórmula aplicada fue diferente, una operación “quirúrgica” desterrando al Presidente a Costa Rica y el manejo de la crisis –incluidas las represiones sobre una inesperada oposición popular–, se hizo convocando a nuevas elecciones que entregaron el gobierno al candidato triunfante Porfirio Lobo, un hombre aceptado por todos los tradicionales intereses en juego. La fórmula descrita fue evaluada por Dante Caputo, entonces Asesor del Secretario General de la OEA, como un “Golpe militar correctivo” (Hoppenheimer, septiembre 9 de 2009).

Una tercera precisión apunta hacia las interconexiones existentes entre el ciclo militar que cerraba y el ciclo de democratización regional naciente. Tanto por la mediación inicial impuesta por los militares a las transiciones, como por el hecho de que los procesos de democratización se convirtieron, en términos de política económica, en facilitadores de las condiciones de civilidad que necesitaba el neoliberalismo para desplegarse exitosamente. Como bien afirma Manuel Antonio Garretón, con la excepción del Chile de Pinochet: “En todos los otros casos, los regímenes autoritarios o militares fracasaron en su intento de implantar el modelo neoliberal, y el ajuste para el cambio de modelo de desarrollo tuvo que hacerse con posterioridad a la transición...” (Garretón, marzo-abril de 1997:5).

Ya en la década de los años '90s se hizo presente la apertura de un ciclo de gobiernos neoliberales en la región, de consecuencias socio-económicas harto conocidas. Entre los casos más relevantes de gobiernos neoliberales sobresalieron: Carlos Salinas de Gortari en México (Trejo-Delarbre, 1992, 116-124; Salazar, 2004); Carlos Andrés Pérez en Venezuela (Noielli, www.revcienciapolitica.com.ar; CIDOB, 2002); Fernando Collor de Mello en Brasil (Oliveira, 1992: 105); Alberto Fujimori en Perú (Ugarteche, 1992: 125-132); Carlos Saúl Menem en Argentina (Fernández Jilberto, octubre 2003) y Joaquín Balaguer en República Dominicana (Espinal, 1992: 112; <http://www.eclac.org/publicaciones/xml/8/4648/dominicana.pdf>)

Vale aclarar que sólo se ilustró el tema con algunas de las figuras protagónicas, insertadas en procesos más extensos en el tiempo, en los que quedan incluidos otros mandatarios que les precedieron o sucedieron. Por tanto, la insistencia en mencionarlos responde a los niveles de impacto que, bien gestaron o protagonizaron.

El neoliberalismo quedó acoplado con un proceso llamado de globalización que se desató con la caída de la Unión Soviética y sus aliados este-europeos. El derrumbe de un mundo ideológicamente articulado demandó de una Salomónica solución –Pos Guerra Fría– para calificar al nue-

vo orden que nacía. Con la caída de la URSS se cerró para América Latina y El Caribe un largo ciclo histórico iniciado en 1917, con el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Además de sus tremendos impactos sobre Cuba –su único aliado estratégico en el hemisferio–, y la supresión de los apoyos que se brindaban a la Nicaragua Sandinista original, entró en crisis irreversible el “legado soviético”, destapándose un mar de críticas –objetivas y oportunistas– a ese modelo de “socialismo real”.

La izquierda tradicional pro-soviética cayó en franca bancarrota, perdiendo buena parte de la escasa influencia política que aún mantenía. Como consecuencia, se abrió un amplio y diverso proceso de revisión a fondo de los presupuestos ideológicos que habían predominado en las fuerzas políticas de ese signo. Un indudable punto de inflexión fue la convocatoria al llamado Foro de Sao Paulo de octubre de 1990, evento que contribuyó al avance de importantes definiciones. Según describe Roberto Regalado, coprotagonista y reconocido especialista en el tema de la izquierda latinoamericana:

“El acercamiento entre corrientes divergentes de la izquierda revolucionaria y socialista fue posible por el cisma ocasionado por la descomposición de la URSS. Sin duda, ese proceso avivó la polémica sobre cuál era el <<pecado original>> del socialismo soviético: si la dictadura del proletariado –como argumentaba la social democracia–, la <<burocratización estalinista>> –como afirmaba Trotsky–, el <<revisiónismo>> iniciado con la crítica a Stalin en el XVI Congreso del PCUS –como decía la corriente marxista-leninista (M-L)– la <<decadencia>> en que quedó sumida la URSS a partir de la Secretaría General de Leonid Ilich Breznev o el proceso de perestroika y glasnot iniciado por Mijail Gorbachov. Sin embargo, la ya previsible desaparición de la <<manzana de la discordia>>, el Estado soviético, y la coincidencia general en la necesidad de construir nuevos paradigmas socialistas, hacían pasar a planos secundarios las divisiones históricas del movimiento comunista. Si bien las diferencias no desaparecieron sí se abrió un espacio de diálogo y convergencia” (Regalado, 2006, 167).

No obstante, vale aclarar que la lógica de los consensos alcanzados –en lo que a América Latina se refiere–, que tuvo como pilares centrales el enfrentamiento al neoliberalismo y la globalización, reveló la amplitud de las miradas volcadas sobre sus realidades nacionales, incluidas la construcción de nuevas alianzas políticas y el diseño de

estrategias, en muchos casos más pragmáticas y con posturas ideológicas mucho más abiertas y flexibles que en el pasado.

Derivado de esos dramáticos acontecimientos, se desprendió el cierre de otro de los más dramáticos ciclos recogidos por nuestra historia regional. Un ciclo que no se presume irreplicable como el anterior, ante la evidente permanencia de los graves problemas socio-económicos que lo generaron. El ciclo de los movimientos armados irregulares, las guerrillas con sus épicas luchas contra las oligarquías locales, las corporaciones transnacionales y los gobiernos de Estados Unidos.

El cierre del ciclo sobrevino por una avalancha de desfavorables acontecimientos. La derrota electoral de la Revolución Sandinista, desgastada por una eficiente Guerra de Baja Intensidad –de muy alta intervención- aplicada por Estados Unidos, resultó un significativo golpe para la izquierda y sus simpatizantes insurgentes. También entre 1990 y 1991 se desmovilizó un primer segmento de las guerrillas colombianas. Mientras que con la firma de los Acuerdos de Chapultepec, México, en 1992, se puso fin a doce años de lucha armada en El Salvador. Pocos años después vendrían los acuerdos de paz en Guatemala.

Entre las consecuencias positivas de aquellos acontecimientos deben señalarse la presencia de dos gobiernos del FMLN en El Salvador, primero Mauricio Funes (2010-2014) y seguidamente Salvador Sánchez Cerén (2014-2018). También, como es sabido, un Sandinismo refundido políticamente llevó al poder nuevamente a Daniel Ortega en 2007, manteniéndose por tres mandatos consecutivos; el más reciente con culminación en 2022. Y un dato final, igualmente positivo y con muchas lecturas, apunta a destacar como el gobierno cubano, acusado durante toda la Guerra Fría como promotor y apoyo de las guerrillas, estuvo entre los garantes de los Acuerdos de Paz de Chapultepec y más recientemente acogió el exitoso proceso de negociaciones entre otro segmento guerrillero colombiano y el gobierno de ese país.

2. El llamado Ciclo Progresista.

La identidad primaria del nuevo ciclo la aportó el hecho de que todos los gobiernos incluidos se plantearon revertir los efectos del neoliberalismo en sus países. Este elemento resultó vital para entender la naturaleza del ciclo, apoyado en autores como (Noardhous, 1975; Hibbs, 1977; y Rogoff, 1987), que estudiaron el ciclo político-económico que se abre dentro de un proceso electoral, cuando los candidatos hacen públicos sus programas de políticas económicas. Sin embargo, esa precisión se enfrentó de inmediato a una primera complicación, al apreciarse que nuestro ciclo contenía programas nacionales diferentes, por la diversidad

de signos ideológicos involucrados, las condicionantes planteadas por no pocas de las coaliciones políticas gestadas para triunfar en las urnas, así como por las complejas realidades nacionales con las cuales debían gobernar.

Guy Pierre nos lleva a reflexionar sobre otro rasgo identificado en nuestro ciclo:

“(…) un ciclo político largo es distinto de un mero ciclo electoral, o un ciclo presidencial o mandato constitucional. El ciclo político largo tiene mayor duración que el ciclo electoral, pero éste último puede constituir, en algunas circunstancias, uno de los momentos críticos del ciclo largo” (Pierre, 2004:48).

De conformidad con el autor pensemos que, si impactante fue ese primer momento en que se logró el triunfo en las urnas, cuánto no subieron los barómetros durante los siguientes procesos electorales que conllevaron a las reelecciones de todos los líderes políticos originales o de la institucionalidad política que los llevó a gobiernos.

Por otra parte, al revisar casuísticamente cada uno de estos gobiernos, se aprecia las notables variaciones en cuanto a los niveles de profundización de las medidas socio-económicas adoptadas, así como las diferentes velocidades con que lo hicieron. Eso nos dice que, aunque sus programas de política económica había que calificarlos como anti-neoliberales, en muy contados casos, pensando principalmente en Venezuela, es que se avanzó hasta niveles de un real protagonismo del estado sobre la economía nacional. Y aun así, se sigue diariamente todo lo relativo a la guerra económica interna que mantiene el gobierno bolivariano con los poderes económicos privados.

Lo anterior da pie a colocar, sin desarrollarlo por falta de espacio, el tema de la enorme acumulación de problemas socio-económicos encontrados por estos gobiernos y la búsqueda de extender los tiempos de su gestión –vía reelección o cambios constitucionales- tema que, obviamente atrae enormes controversias. Una importante variable para allanar las contradicciones que este tema genera estaría en identificar cuáles de estos de gobiernos de cambio quedarían incluidos dentro de lo que llamaremos sistema de alternancias políticas aceptado a nivel nacional. Está claro que los principales protagonistas del ciclo de gobiernos de cambios no lograron acceder a los beneficios de este sistema, pero destacan otros casos como los gobiernos del FMLN en El Salvador o los de la Concertación en Chile, particularizado en las presidencias de Michel Bachelet (2006-2010 y 2014-2018). Abriendo este autor un espacio de reflexión donde proyectar otros casos como serían Nicaragua, ya mencionado y Uruguay, con la alternancia

política de los gobiernos del Frente Amplio/Encuentro Progresista/Nuevo Espacio –aquí se denota la amplitud de las fuerzas políticas implicadas-, encabezados por Tabaré Vázquez (2005-2008 y 2020)

Por tanto, aquí debe distinguirse el ciclo de lo cíclico, sobre todo al recordar que estos gobiernos de cambio, los más radicales y los más moderados, llegaron para buscar transformaciones en los sistemas políticos y de gobiernos de sus respectivos países, con el consecuente impacto en la vida política regional. Recibiendo, como era de esperarse, toda la oposición de sus tradicionales oponentes, en proceso que por inéditos, también revelaron desgaste y escisiones de otras variadas fuerzas políticas.

Ya en Argentina se cortó la intención de extender los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández (2008-2015), con el triunfo del neoliberal Mauricio Macri. En Brasil, el primer golpe fue “sacar”, mediante un golpe parlamentario a Dilma Rouseff (2010-2014); y se extremaron los esfuerzos, no sólo para impedir un retorno de Lula sino para reducir las opciones electorales del PT. Mientras que el escenario ecuatoriano está dando todas las señales de alarma, sobre cómo se va desvistiendo el formato original de Alianza País y son cercados sus principales líderes históricos, para impedirles alcanzar un nuevo gobierno.

Carremos el análisis presentando algunas características generales del Ciclo:

- Fueron –y son los que se mantienen- gobiernos anti-neoliberales.
- Recuperaron al estado –en diferentes niveles de profundidad y radicalismo- como institución desde la cual poder desarrollar sus políticas de gobierno.
- Sus políticas económicas, dirigidas a buscar soluciones a los graves problemas socio-económicos de sus naciones, se desgastaron mucho frente a la oposición política interna, los esfuerzos por revertir el neoliberalismo, las incomprendiones encontradas con muchos de los movimientos sociales de sus naciones y algo crucial que golpeó a todos, los impactos de la crisis económica global desatada en el 2008.
- Si bien alcanzaron los gobiernos, preguntémonos en cuántos de estos países las fuerzas políticas emergentes llegaron a controlar el poder en su totalidad.
- Todos apostaron por hacer avanzar los procesos de integración en la región.
- Participaron en la transformación de la agenda regional, con un cambio de comportamiento en sus aparatos de política exterior, adoptando posiciones activas/propositivas y abriéndose a iniciativas multilaterales.
- Con el desarrollo de una cultura de la concertación política –iniciada en los 80’s con el Grupo de Contadora- se dieron importantes pasos hacia esa tan necesaria búsqueda de la unidad en la diversidad.
- Un aspecto clave, ninguno de los proyectos políticos estudiados se considera anti-sistémico. Nuevamente, volquemos las miradas hacia la experiencia venezolana para comprender los resultados alcanzados por el gobierno bolivariano, así como los enormes obstáculos que confrontan. Sin lugar a dudas, Venezuela ha sido un laboratorio para entender la afectación causada por lo que llamaremos una lógica invertida. Porque las experiencias de gobiernos de signo socialista hasta ahora exitosas –China, Vietnam y Cuba, cada quien desde sus diferencias históricas-, han partido de ser estados socialistas constituidos, que decidieron abrirse a la economía de mercado y a la presencia de sectores privados, cada quien con una óptica estratégica propia. El proyecto Bolivariano –y no se trata de un enjuiciamiento sino de la descripción de lo ocurrido en sus consecuencias- si bien nacionalizó sectores claves de la economía, nunca se planteó una eliminación total de la propiedad privada, por resultar inviable bajo sus condiciones histórico-concretas. Si se le atribuye la decisión de construir el llamado socialismo del siglo XXI, teoría muy necesaria, pero que está por hacerse.

3. Los actores sociales y políticos que gestaron el Ciclo.

Dentro de la crítica situación socio-económica regional fue acentuándose más la polarización entre una élite cada vez menor y más enriquecida y la creciente mayoría de los desposeídos. La combustión social se hizo presente de disímiles formas. La matriz societal que fue imponiéndose en la región desde finales del siglo XIX quedó quebrada. De esos convulsos acontecimientos emergió un actor que pasó a ser denominado como Nuevos Movimientos Sociales. Sin ellos, no puede hablarse del “Ciclo Progresista”.

El factor principal que permitió hablar de una refundación de los principales Nuevos Movimientos, pues ya tenían una historia previa aunque fuera realmente de muy bajo perfil, estuvo en la afirmación de su identidad como actores sociales en sí y para sí; con programas reivindicatorios y estrategias de lucha que los llevaron a adquirir una inusitada visibilidad política dentro de sus naciones. No delegaron sus demandas en los partidos políticos, porque

les manifestaron su abierto descrédito, además de asumir una activa oposición social a los gobiernos, porque también los desacreditaban.

La refundación de muchos de estos movimientos abrió para ellos nuevos horizontes emancipatorios, no en abstracto, sino desde el interior de sus sociedades y en una articulación, también sin precedentes, a nivel nacional e internacional (Quijano, 2005; Stefanoni, 2008; Manzano y Stedile, 2001; y Mazeo, 2004). En su lucha contra el neoliberalismo se reveló la esencia por la cual fueron calificados como nuevos movimientos sociales, al expresar por primera vez en su historia su ruptura con la institucionalidad establecida. El grito escuchado en las calles de Buenos Aires en diciembre de 2001, resumió esa esencia: “que se vayan todos”.

La emergencia de estos Nuevos Movimientos Sociales significó, sin lugar a dudas, el detonante mayor para abrir el proceso de transformaciones políticas y socio-económicas que se inició en América Latina desde los años 90s del siglo XX. El aumento acelerado del desempleo y de los niveles de pobreza, la incontrolable inflación de los precios de los productos de primera necesidad, la crisis de los sistemas de seguridad social, aparecían entre muchos otros graves problemas que asfixiaron a sectores sociales cada vez más amplios. Por eso se lanzaron a las calles a asaltar mercados en busca de alimentos –el “Caracazo” de 1989-; a enfrentar a militares, paralizar países y derrocar gobiernos- Ecuador-; a diseñar una nueva perspectiva del territorio desde lo local – los Piqueteros argentinos. Estas experiencias acontecidas, de entre otras que desbordaron la historia precedente, se desarrollaron tanto a partir de movimientos sociales organizados, como fueron los casos de los indígenas en Ecuador (1997 y 2000) y Bolivia (2003 y 2005) o en las avalanchas populares ocurridas en el propio Ecuador (2005), para expulsar a Lucio Gutiérrez o el diverso y amplio movimiento “piquetero” en Argentina, a partir del 2001.

Ese proyecto social, “anti-globalizador” y “altermundista”, recibió un amplio respaldo económico de muchas organizaciones no gubernamentales europeas y canadienses, así como de sectores de profesionales e intelectuales progresistas y de izquierdas de todo el planeta; que alimentaron nuevas teorías sobre la lucha social, mediante un sistema de publicaciones alternativo, aprovechando la “revolución informática” que avanzaba a pasos agigantados. Un apoyo sustancial lo encontraron en las nuevas redes de medios de comunicación alternativos que lograron sobrepassar el silencio o las tergiversaciones impuestas por las grandes corporaciones internacionales de la comunicación, difundiendo las luchas sociales desde sus más diversos escenarios.

Pero, si bien con estos Nuevos Movimientos Sociales surgió una evidente resistencia regional, no alcanzaron, ni se propusieron en muchos de los casos, erigirse en la alternativa que demandaba la situación imperante. Y es aquí donde hay que abrir las puertas del análisis a los emergentes sectores políticos que, desde diferentes posiciones de izquierdas y del progresismo se lanzaron a luchar electoralmente por alcanzar gobiernos.

En un sugerente artículo dedicado a reflexionar sobre los cambios sociopolíticos que han venido ocurriendo en América Latina, Beatriz Rajland rescata a Carlos Marx – Miseria de la Filosofía –, cuando plantea que no se puede absolutizar el peso de los movimientos sociales como únicos factores de cambio; y, sobre todo, reafirma la indisoluble interacción entre lo social y lo político. Para la autora:

“Resulta básica la consideración de que todo lo que se refiere a los seres humanos es social, dado que somos un conjunto de relaciones sociales. Cuando en el análisis se separa lo social y lo político, solo es por razones de construcción de movimientos, porque lo político está, en líneas generales, relacionado con la esfera del poder estatal, y lo llamado <<social>> con reivindicaciones más específicas. Sin embargo, lo político solo se organiza desde lo social en el sentido de pertenencia de los sujetos al campo de las relaciones sociales, y lo social, en cuanto a sociedad, deviene en político por la índole de horizonte de poder que se va formulando. Si todo el movimiento llamado social permaneciera exclusivamente en esas reivindicaciones y no se organizara y proyectara hacia el poder político, hacia su construcción alternativa, los alcances de su lucha quedarían limitados, por fuera del poder político” (Rajland, 207, 41).

Vale la cita colocada para establecer la conexión determinante ocurrida en esos primeros años del nuevo siglo. Porque, si bien de una parte ese universo de Nuevos Movimientos Sociales se impuso como un actor social relevante a nivel regional, lo decisivo del proceso fue la convergencia con las emergentes fuerzas políticas de izquierdas – y apréciese la S final para expresar la diversidad que cargaban-, progresistas y de centro-derecha, que llevaron a vías de hecho exitosas candidaturas electorales.

Durante la primera década del presente siglo se generaron iniciativas de impacto nacional y regional como los Foros Sociales. El Foro Social Mundial (FSM) – comenzando en

Porto Alegre, Brasil, en el 2001-; reproducido a diversas escalas geográficas posteriormente fue, sobre todo, el tipo de espacio social para el encuentro e intercambio de ideas entre movimientos sociales y para la exposición y debates sobre las nuevas teorías en desarrollo. Con la paulatina emergencia de gobiernos de nuevo signo político en la región, fue imponiéndose el acceso de los nuevos líderes –Chávez, Lula, Evo- a esos Foros. La fundamentación teórica la encontramos en la siguiente reflexión de Emir Sader:

“La lucha por el <<otro mundo posible>> se desarrolla por movimientos sociales, culturales, entidades civiles y fuerzas políticas. No se puede pensar en un FSM hoy sin la participación de fuerzas como el mencionado MAS boliviano, la Alianza País de Ecuador, el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), que son los partidos dirigentes de los procesos políticos de construcción del <<otro mundo posible>>, en sus puntos más avanzados. Ya no son los partidos tradicionales, sino los que han rearticulado sus relaciones con las fuerzas sociales, los que lograron transformar la fuerza de la resistencia al neoliberalismo en fuerza política hegemónica” (Sader, 2009, 164-165).

Pero su propia heterogeneidad, los dispares niveles de organización que alcanzaron y los disímiles horizontes políticos que evidenciaron, han determinado los diferentes grados de articulación de estos Nuevos Movimientos Sociales con los liderazgos políticos emergentes; una limitante que, lejos de resolverse, se agudizó y llegó a mostrar notables fracturas ya en el ejercicio de los “gobiernos de cambio”. Sólo como ejemplo, recuérdese el peso que alcanzaron las protestas durante la crisis política que gestó la destitución de Dilma Rousseff en 2014.

El ciclo de gobiernos de cambio mostró una primera etapa en la que confluyeron dos liderazgos, uno, marcado por el núcleo más radical y otro que, aunque contenía la presencia de Chávez, canalizó su radicalismo hacia metas de consenso general.

El primero de esos liderazgos tuvo a Chávez con su propuesta de Alianza Bolivariana para la América (ALBA) como figura central. Su origen estuvo en la firma, junto al Presidente cubano Fidel Castro - hasta el 2006- de la Declaración Conjunta Cuba-Venezuela, el 14 de diciembre de 2004. Como parte de ese liderazgo también deben mencionarse a Evo Morales, Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia (2006-2020) y el Presidente de Ecuador Rafael Correa (2007-2017).

Cooperación, colaboración, complementación económica, fueron los presupuestos fundamentales enarbolados por el ALBA y su soporte económico fundamental lo encontró en el petróleo venezolano, recurso que propició la creación de PetroCaribe, proyecto que, por sus ventajas, atrajo hacia la ALBA – junto con Nicaragua- a Dominica, San Vicente y las Granadinas, y Antigua y Barbuda. Según Norman Girvan:

“PETROCARIBE se inició en junio de 2005 como extensión del Acuerdo Energético de Caracas de 2001(...) PETROCARIBE financia una porción del valor de las importaciones de petróleo crudo desde Venezuela de acuerdo a escala deslizante: si el precio del barril está por encima de US \$ 30, se financia el 25 %; si está por arriba de US \$ 40, se financiará el 30 %; si estuviera el precio del barril por encima de US \$ 50, el mecanismo permitiría financiar el 40 % de la factura petrolera de los países beneficiarios y si el precio del petróleo excediera los US \$ 100 por barril se financiaría el 50 % de la factura petrolera. Se pagaría el financiamiento recibido en un plazo de 25 años a un interés del 2 % el cual se reduciría a 1 % si los precios subieran más allá de US 40 por barril; y con un período de gracia de 2 años” (Girvan, 2008).

El otro liderazgo a destacar, con Chávez también incluido, tuvo en Luis Inacio Lula Da Silva (2003-2010) a un protagonista central y como tercera figura al argentino Néstor Kirchner. El gran tema que los visualizó regionalmente fue la lucha contra el ALCA.

Veamos a Chávez, con su interpretación del ideario Bolivariano iniciando el siglo XXI. Ese Bolivarianismo anti-imperialista marcó, sin lugar a dudas, el segmento político más radical en la región y más confrontacional con Estados Unidos. Chávez estableció una alianza estratégica con Cuba, lo cual definitivamente lo hizo más incómodo ante las oligarquías de la región y Estados Unidos.

El caso de Lula resultó sumamente interesante. Para empezar, en Lula se revelaron líneas de continuidad con políticas de su antecesor, Fernando Henrique Cardoso, al retomar la estratégica idea de la Cumbre Sudamericana de Cardoso (de Rosas, 2010: 25-33; y Regueiro y Bárzaga, 2012. 9-72) y llevarla a vías de hecho con la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR). El equipo Lula armonizó esas líneas de continuidad con su proyecto de gobierno, por el peso tan importante que tenía en los diseños de políticas regionales e internacionales del país.

Néstor Kirchner era un político de segundo nivel dentro del Peronismo, que supo visibilizarse en medio de la profunda crisis que estalló en Argentina en diciembre de 2001. Es muy difícil encontrar a un político argentino posterior al acuerdo bilateral suscrito entre su país y Brasil que no dé prioridad en sus agendas al tema Sudamericano. Una agenda anti-ALCA, pro relaciones con Brasil y el MERCOSUR y que lo llevó a lanzarse, junto a Lula, a participar en ese liderazgo regional que también les sirvió para buscar intentar moderar el radicalismo de Chávez.

Un ejemplo para entender las moderaciones estratégicas que mantuvieron Lula y Kirchner se evidenció con el proyecto PetroAmérica proclamado con Chávez, en la intención de aumentar la independencia energética de la región frente a las grandes potencias. Y si bien uno de sus segmentos, PetroCaribe, se llevó a vías de hecho, el otro eje subregional PetroSur, no avanzó. Una mirada histórica a lo acontecido nos dice que se manejaron con sabiduría –y pragmatismo- inevitables conflictos que tendrían lugar entre los tres liderazgos, debido a las diversas nacionales agendas en juego y sus diferencias ideológicas (Mayobre, noviembre 2005; y Mayobre, julio-agosto de 2006: 159-175).

No obstante, vale ponderar que con Chávez se concertaron relaciones estratégicas que marcaron un nuevo giro político regional, reflejado en el apoyo a la incorporación de Venezuela al MERCOSUR en 2006 –proceso que se complejizó por la oposición de los parlamentos de Brasil y Paraguay. Unido a esto, fueron firmados y ejecutados importantes programas energéticos entre Venezuela y Argentina. Pero, siempre se apreció la búsqueda de equilibrios en los manejos multilaterales del liderazgo, evitando que tomara los rumbos radicales de Chávez. Veamos la crítica aguda que hace Claudio Katz sobre el tema:

“El nacionalismo de Chávez es sustancialmente distinto porque se apoya en la ventaja petrolera para desplazar a los viejos partidos, hacer reformas y confrontar con la derecha. Además, estrecha relaciones con Cuba y encabeza una fuerte polarización político-social. Su proyecto del ALBA no es compartido por la centroizquierda, porque las clases dominantes de cada país tienen mayores negocios con las metrópolis que con sus vecinos. La constitución de Petrosur choca con la privatización del petróleo en el Cono Sur y al Ban-sur le falta un club de deudores. Es incorrecto considerar que Lula y Kirchner encabezan «gobiernos en disputa». Arbitran entre grupos capitalistas con modelos de ortodoxia socio-

liberal o heterodoxia excluyente en desmedro de los intereses populares. Tanto el PT como el peronismo han perdido su originalidad contestataria. En Venezuela la disyuntiva es radicalizar o congelar el proceso bolivariano” (Katz, 2008: 5).

Para un final abierto: ¿Cuáles son los reales signos ideológicos del llamado “Ciclo Progresista”?

Habiendo analizado lo ocurrido con las fuerzas políticas involucradas en los procesos de cambio, llegó el momento de preguntarnos ¿por qué se reduce su calificativo al Progresismo? ¿Debemos realmente considerarlo como el único signo ideológico conque acuñar al ciclo? Préstese mucha atención a la siguiente conceptualización, cuyo mérito esencial es haber sido entendida y construida en medio de los acontecimientos descritos. Para Marta Harnecker, la izquierda es:

“(…) el conjunto de fuerzas que se oponen al sistema capitalista y su lógica del lucro, y que luchan por una sociedad alternativa humanista y solidaria, por una sociedad “libre de la pobreza material y de las miserias espirituales que engendra el capitalismo,..”

“(…) La izquierda no se reduce, entonces, a la izquierda que milita en partidos u organizaciones políticas de izquierda, sino que incluye a actores y movimientos sociales. Éstos son muchas veces más dinámicos y combativos, y se identifican con esos ideales, pero no militan en ningún partido u organización política. Entre los primeros hay quienes apuestan a acumular fuerzas por la vía del uso transformador de las instituciones, otros mediante la lucha guerrillera revolucionaria; entre los segundos hay quienes buscan ir construyendo movimientos sociales autónomos y distintos tipos de redes.”

“(…) Para simplificar he decidido denominar “izquierda partidaria” a los primeros e “izquierda social” a los segundos. Estoy convencida de que sólo la unión de los esfuerzos militantes de las más diversas expresiones de la izquierda permitirá construir un gran bloque social anti-neoliberal donde confluyan todos los que sufren las consecuencias del actual capitalismo salvaje” (Harnecker, 2008: 47-48)

La participación directa, desde su ámbito de intervención académica, llevó a la autora a asumir una definición tan inclusiva como no se había formulado hasta entonces. Sin embargo, la superación de las rígidas definiciones conocidas, que apuntaban más a principios, saberes y razones y no a la ejecutoria práctica vivida por la autora, nos coloca ante la disyuntiva de flexibilizar a las Nuevas izquierdas –porque pasaron a serlo- hasta márgenes que en muchos casos no podían ser bien comprendidos. Lo que nos lleva al punto de establecer estrechas interconexiones entre muchas de esas Nuevas Iz-

quierdas y un Progresismo que, enfrentado a su historia regional, también revela aspectos novedosos.

En no pocos debates en los cuales se ha participado, se ha rebatido siempre el criterio de otorgar el sello de izquierda a los gobiernos Kirchners. Como ya se afirmó, representaron el Peronismo radical que confrontó y derrotó al Peronismo neoliberal. Y, cómo sabemos, con las elecciones argentinas de 2015 estos últimos lograron su revancha y están reposicionando el neoliberalismo, apoyados por un electorado que, por simple lógica aritmética, no pertenece íntegramente a esas tendencias y se mostró cansado de los beneficios y opciones que les dio el Kirchnerismo.

Pero, el tema en cuestión es sumamente complejo y la intención al abordarlo se hace sin contar con todas las necesarias respuestas, lo cual demanda de una reflexión colectiva. Se trata de convocar a reflexionar sobre algo que no puede considerarse pasado, porque quedan procesos políticos en curso y las lecciones que ya se extraen de lo ocurrido parecen suficientes para pensar tanto en irreversibilidades como en la llegada de nuevos ciclos de cambio.

Recordemos que tanto Lula da Silva como Tabaré Vázquez tuvieron varios fracasos electorales previos a sus mencionados triunfos. Las coaliciones políticas que les dieron las victorias abarcaron fuerzas de izquierdas - PT y el Frente Amplio-, pero también incluyeron a partidos de centro-derecha como el PMDB, del cual proviene Michel Temer y el Encuentro Progresista y Nueva mayoría para el caso uruguayo. Tanto el PT como el Frente Amplio fueron protagonistas centrales del Foro de Sao Paulo. Por tanto, nadie debe dudar su afiliación con esa Nueva Izquierda. Pero, ¿cómo entender mejor sus respectivos gobiernos, por sus alcances socio-económicos, Nueva Izquierda o Nuevo Progresismo? ¿Una inevitable fusión de ambas?

¿Por qué a Chávez y a la Revolución Bolivariana los distinguieron, negativamente, del resto de los casos? Por mucho que haya pesado su alianza con Cuba, nadie puso en duda la autoctonía de ese proyecto chavista. Chávez personificó, inmerso en ésta tormenta de matices ideo-políticos, al ala radical de la Nueva Izquierda. Y así podríamos continuar surfeando en medio de un mar de olas que necesita de mucho debate.

Lo que sí está claro, de momento, es que no resulta justo reducir el concepto al término **Ciclo Progresista**. Lamentablemente, no siendo partidario de los apelativos salomónicos -Pos Guerra Fría- muchas veces tan poco realistas, lo objetivo e innegable es que estos primeros lustros del siglo XXI nos permitieron vivir la emergencia de un **ciclo político alternativo**, que abrió un nuevo capítulo para la historia de América Latina y El Caribe.

Bibliografía.

Aristy Escuder, Jaime; Mena Peguero, Rita; Méndez Gómez, Arturo (). República Dominicana, Fundación Economía y Desarrollo Inc., <http://www.eclac.org/publicaciones/xml/8/4648/dominicana.pdf>.

Chávez, Hugo (2002). Biografía de Hugo Chávez, Fundación CI-DOB, Madrid, (España), 2002.

Espinal, Rosario (1992). "Joaquín Balaguer. El eterno retorno de la política dominicana", Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 118 Marzo-Abril de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

Fernández Jilberto, Alex E. (2003). "El derrumbe del neoliberalismo y los regímenes políticos eleptocráticos en Argentina", Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, 75, octubre de 2003, http://www.cedla.uva.nl/50_publications/pdf/revista/75RevistaEuropea/75FernandezJilberto.pdf.

Garretón, Manuel Antonio (1997). "Revisando las transiciones democráticas en América Latina", Revista Nueva Sociedad, Nro. 148, Marzo-Abril 1997, pp. 20-29.

Girvan, Norman (2008). "ALBA, PETROCARIBE y la CARICOM: asuntos claves en una nueva dinámica", <http://www.normangirvan.info/wp-content/uploads/2009/02/alba-petrocaribe-y-caricom-girvanlesp.doc>.

Harnecker, Marta (2008). Reconstruyendo la izquierda, Primera Edición, Siglo XXI Editores, S.A. de C.V., México, 2008.

Hibbs, Douglas A. (1997). Jr."Political parties and macroeconomy policy". The American political Science Review 71, Issue 4 (Dec., 1977), pp. 1467-1487.

Hoppenheimer, Andrés (2009). "¿Qué va a pasar en Honduras?", EL NUEVO HERALD, jueves, septiembre 9 de 2009.

Katz, Claudio (2008). Las disyuntivas de la izquierda en América Latina, [recopilación de artículos publicados en Internet que posteriormente formarían parte-reducidos-del libro Las disyuntivas de la izquierda en América Latina, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, abril de 2008],

Oliva Campos, Carlos (1994). "Estados Unidos y el proceso de democratización en América Latina". Revista Cubana de Ciencias Sociales, no.28, Editorial Academia, La Habana, 1994.

Oliva Campos, Carlos (2007). "América Latina: Apuntes para un debate en el nuevo mapa político regional". Cuadernos de Nuestra América, no. 39-40, vol. XX, enero-diciembre 2007, Ediciones CEA, La Habana, Cuba.

- Oliveira, Francisco de (1992). "Fernando Collor de Mello: perfil de un prestidigitador", Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 118 Marzo-Abril de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.
- Pierre, Guy (2004). "Ciclos políticos largos en América Latina durante el siglo XX y sus efectos en el crecimiento económico". Problemas del desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía, Vol. 35, núm. 139, octubre-diciembre / 2004, pp. 45-70.
- Mancano Fernández, Bernardo (2001). "Bravagente: La lucha de los sin tierra en Brasil", entrevista realizada por Bernardo Mancano a Joao Pedro Stedile. Editorial Caminos, La Habana, 2001.
- Mayobre, Eduardo (2005). La propuesta PetroAmérica y la integración en América Latina y El Caribe, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, IDIS Eds., Venezuela, Caracas, noviembre de 2005, www.idis.org.ve/website_index.php?ids=7&vermas=42.
- Mayobre, Eduardo (2006). El sueño de una compañía energética sudamericana: antecedentes y perspectivas políticas de Petroamérica, Revista Nueva Sociedad no. 204, julio-agosto de 2006, Buenos Aires, http://nuso.org/media/articulos/downloads/3372_1.pdf.
- Mazeo, Miguel (2004). Piqueteros. Notas para una tipología, Miguel Mazzeo. Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Manuel Suárez Editor, Buenos Aires.
- Mejía Quintana, Oscar; Jiménez, Carolina (2005). "NUEVAS TEORÍAS DE LA DEMOCRACIA. De la democracia formal a la democracia deliberativa". Colombia Internacional 62, jul - dic 2005, 12 - 31.
- Noielli, María Julia (). "Análisis de las presidencias de Carlos Andrés Pérez (1989-1993) y Fernando Collor de Mello (1989-1992): la llegada del poder, sus planes económicos y las consecuencias sociales". En: Revista de Ciencia Política de la Ciudad de Buenos Aires a la Aldea Global, no. 3 Repensando la década del 90 II, www.revcienciapolitica.com.ar
- Nordhaus, William (1975). "The political business cycle", Review of Economic Studies. Vol. XLII, No. 130, April 1975, pp. 169-190.
- Quijano, Aníbal (2005). "El movimiento indígena y las cuestiones pendientes en América Latina", Revista TAREAS, CELA, nro. 119, enero-abril 2005. Rajland, Beatriz (2007). "A diez años (¿de qué?)". PERIFERIAS, Revista De Ciencias Sociales, año 11, número 14, primer semestre 2007. Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Buenos Aires.
- Regalado, Roberto (2006). "Cuándo, cómo y por qué surge el Foro de Sao Paulo", CONTEXTO LATINOAMERICANO, REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO, Ediciones Ocean Sur, no. 1/ septiembre-diciembre de 2006.
- Regueiro, Lourdes; Bárzaga, Mayra (2012). UNASUR: proceso y propuesta, FEDAES, Quito, enero de 2012.
- Rogoff, Kenneth (1987). "Equilibrium political budget Cycles". NBER, Working Paper Series, No. 2428. National Bureau of Economic Research, Cambridge, MA, november 1987, 37 ps.
- Rosas, Pablo Enrique de (2010). UNASUR: Democracia, desarrollo y paz en América del Sur, 1a ed., Mendoza, Universidad del Aconcagua.
- Sader, Emir (2009). "Izquierda social y política: la orfandad de la estrategia". CENTRE TRICONTINENTAL, Bélgica, 4 de septiembre de 2009.
- Salazar, Francisco (2004). "Globalización y política neoliberal en México". El Cotidiano, vol. 20, núm. 126, julio-agosto, 2004, 11 páginas. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32512604>.
- Serbín, Andrés (2016). En: ¿Fin de ciclo y reconfiguración regional? América Latina y las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, Andrés Serbín Coordinador, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES). Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe 2016. Edición Especial.
- Stefanoni, Pablo; Ramírez, Frankin; Svampa, Maristella (2008). Las vías de la emancipación. Conversaciones con Álvaro García Linera, Ocean Sur, México D.F.
- Trejo-Delabre, Raúl (1992). "Salinas de Gortari. Un Presidente que no deja de correr", Nueva Sociedad, Nro. 118, Marzo-abril 1992, pp. 116-124, www.nuso.org.
- Turzi, Mauricio (2011)., "¿Qué importancia tiene el BRIC?", Estudios Internacionales, no. 168. Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile.
- Ugarteche, Oscar (1992). "Alberto Fujimori, entre el Ying y el Yang", Nueva Sociedad, no. 118, marzo-abril 1992, pp. 125-131, http://www.nuso.org/upload/articulos/2101_1.pdf